

HACER LO QUE UNO SIEMPRE HA DESEADO. ENTREVISTA AL DR. ADOLFO CONSTENLA UMAÑA

Adolfo Constenla Umaña

Resumen

En forma de entrevista semidirigida, este texto narra las experiencias de campo del Dr. Adolfo Constenla Umaña con respecto a las lenguas indígenas de Costa Rica. Los relatos sobre sus labores lingüísticas abarcan desde los inicios de sus estudios sobre la lengua malecu (guatuso) y posteriormente sobre el brunca (boruca), el bribri y el naso (térraba), así como su interés por los idiomas huetar y chorotega, extintos siglos antes. Además, el Dr. Constenla cuenta sobre su contacto con las diversas personas y culturas indígenas del país, así como acerca de lo que más le ha llamado la atención de cada idioma y de cada comunidad de hablantes.

Palabras clave: lenguas indígenas de Costa Rica, malecu, bribri, boruca, térraba, huetar, chorotega.

Abstract

Through an interview, this text recounts the fieldwork experiences of Dr. Adolfo Constenla Umaña on the indigenous languages of Costa Rica. The stories about his linguistic work begin with his studies of the Maleku (Guatuso) language and continue with studies on Boruca (Brunca), Bribri and Naso (Térraba), as well as his interest for the extinct languages Huetar and Chorotega. In addition, Dr. Constenla tells about his contact with people and indigenous cultures, as well as what has attracted his attention on every language and every speech community.

Key words: indigenous languages of Costa Rica, Malecu, Bribri, Boruca, Terraba, Huetar, Chorotega.

El presente texto proviene de una larga entrevista realizada al Dr. Adolfo Constenla Umaña por el Dr. Carlos Sánchez Avendaño en la casa de habitación del primero, el lunes 16 de setiembre de 2013, poco más de un mes antes de la muy lamentable defunción del profesor Constenla. El Dr. Constenla prefirió que se le entrevistara a tener que redactar él el texto acerca de sus más de cuarenta años de trabajo sobre las lenguas indígenas de Costa Rica. La entrevista primero fue transcrita por Diego Ugalde, en ese entonces asistente del Departamento de Lingüística de la Universidad

de Costa Rica. Posteriormente el documento fue revisado, corregido y editado por el profesor Sánchez Avendaño. Las intervenciones del entrevistador se inician con la letra C, mientras que las del entrevistado, con A.

C: Don Adolfo, ¿por qué se hizo lingüista usted?

A: A mí las lenguas siempre me interesaron. No sé exactamente qué habrá sido. Tal vez habrá servido de estímulo que en realidad la lengua materna de mi papá no haya sido el castellano; era el gallego. Pero siempre me interesaron, siempre me gustaron, y siempre tuve voluntad de aprenderlas.

Adolfo Constenla Umaña



Por ejemplo, siempre cuento esa anécdota: yo aprendí bastantillo húngaro. Cuando ocurrió la revolución húngara, muchos húngaros se esparcieron por el mundo huyendo de la opresión rusa. Cuando los rusos vencieron en esa revolución, aquí vinieron a parar algunos. Y en esa época, que vivíamos por la escuela Juan Rafael Mora, en San José, incluso los zapateros adonde llevaba yo a arreglar los zapatos eran húngaros, y vivían cerca, ahí en esa época en la calle 20. Ahí estaba la plaza de toros de San José. En esa época San José había tenido una plaza de toros. Ya no la usaban porque creo que don Pepe Figueres había pasado alguna ley que prohibía matar a los toros, y esa plaza había servido para corridas pero a la española. Estaba abandonada. Por ahí por donde estaba esa plaza tenían su tienda esos húngaros, y por donde vivíamos nosotros, en la calle 22, la casa de la par la alquiló un húngaro casado con una guanacasteca, y el húngaro tenía consigo a su mamá. Era divertido incluso, porque el húngaro y la guanacasteca, eso sí, diferían mucho de gustos por la comida, y entonces uno los oía criticándose. El húngaro decía: “¡Qué tristeza! Es que a usted sólo le gustan el arroz

y los frijoles, los frijoles y el arroz”. Y ella le decía algo así como: “¡Y a usted solo el chanco y las papas!”. Y la mamá del húngaro, que se llamaba doña Victoria, estaba viejita. La nuera hacía todo el trabajo, entonces seguro se aburría y sacaba unas sillas, se sentaba a la par de la puerta de la casa, a ver pasar carros y gente. Entonces, yo, que estaba como en lo más en quinto grado, salía, me llamaba la atención la señora y me ponía a hablar con ella. Y entonces me puse a aprender húngaro. Y aprendí en esa época bastante húngaro, a esa edad, y fue interesante porque incluso me dio la experiencia de una lengua con cosas como la armonía vocálica. Y a mí me interesaba.

Eran los años cincuenta. En esa época, no hacía tampoco tantísimo que habían llegado la mayor parte de los judíos huyendo de la Europa nazi. Entonces yo desde pequeño iba a ayudarle a mi papá al almacén, que quedaba por el Mercado. En el Mercado tenían sus tiendas muchos judíos, y entonces uno pasaba por ahí y los veía hablando yiddish, y me llamaba la atención. Eso sí, en ese momento no tuve oportunidad de ponerme a aprender yiddish.

Los idiomas a mí siempre me llamaron la atención. Eso por un lado. Y por otro lado, también los indígenas siempre me llamaron la atención. No sé exactamente por qué. La única cosa que se me ocurre es que estaban muy de moda las películas de indios y vaqueros en esa época. Pero entonces a mí los indígenas me llamaban mucho la atención, y seguro siempre tenía como ganas de conocerlos. Ese interés siempre me siguió, al punto que, cuando estaba como en segundo año de colegio, un tío político me regaló el libro de William Gabb, el tomo de los *Documentos para la historia de Costa Rica*¹ en que aparece la traducción, y ahí lo tengo todavía. Fue lo primero que yo me leí sobre una lengua indígena costarricense, en ese momento. Entonces, tanto el interés en las lenguas en sí, sean cuales fueran, y el interés en el indígena y, por supuesto, muy especialmente la lengua, existieron en mí prácticamente desde la primaria. Digamos que ahí están los orígenes de mi interés y de que yo me dedicara a estudiar esas lenguas.

C: Después de tantos años de trabajar en lenguas tan diferentes, ¿qué diría usted que le apasiona de las lenguas en general?

A: En primer lugar, la diversidad. Es cierto, como se ha planteado a partir de las tendencias chomskianas, que hay elementos universales en el lenguaje. Pero yo pienso que son más bien tendencias dominantes, por lo menos en muchos casos, no cosas absolutas. Por ejemplo, está lo que plantea Berlin acerca de los colores. No es que Berlin no tenga razón, pero yo sí pienso que lo que señala es la tendencia. Siempre hay libertad, y entonces una lengua, y en ese caso concretamente el guatuso, no se ajusta. Berlin dice que por lo menos hay dos términos sencillos: uno para un extremo del color y otro extremo, sea lo más oscuro y lo más claro, o algo así, y los guatusos no tienen nada de eso; es más, es divertido que el único término sencillo que aplican a la terminología de colores es para el verde, no para esos dos. Entonces la conducta

de la terminología de colores guatusa es extremadamente independiente de lo que señala Berlin. Sin embargo, en general las otras lenguas que yo conozco sí se ajustan, entonces lo que pienso es que sí existen tendencias pero que siempre probablemente lo más difícil sería saber por qué razón puede la gente no ajustarse a eso, y las lenguas tienen una gran variedad, entonces esa gran variedad de soluciones, de clasificaciones, es algo que por lo menos para mi gusto es muy ameno. Me llama mucho la atención y disfruto mucho.

También están esas relaciones entre lo lingüístico y lo cultural, que precisamente Berlin, por ser muy chosmkiano, por ejemplo en materia de clasificación de animales y de plantas, plantea como que fuera tremendamente universal. Sí existen tendencias comunes, pero también por lo menos yo he visto que las lenguas, obedeciendo a razones como la religión de la gente, pueden comportarse de manera completamente contraria a lo que es la naturaleza. Por ejemplo, en el caso de los guatusos, todos los anuros, ranas y sapos, tienen un nombre en común. En castellano no culto no tenemos nombre común para anuro. En guatuso es *lúculuc*, pero se salen como tres especies que no son consideradas *lúculuc*. Son tres especies que la religión permitía comer. Todos los otros, los anuros, los *lúculúcu maráma*, son inmundos. Entonces, los que no son *lúculuc* no son inmundos, se pueden comer, y para los guatusos nada tienen que ver con los otros. Ahí se ve cómo la influencia del punto de vista religioso puede hacer que la gente clasifique de una manera que no tiene que ver con el orden natural. Y así hay tantos ejemplos de esa interacción entre lengua y cultura. Todo el vocabulario que tiene que ver, por ejemplo, con lo religioso es tan propio de cada lengua, más en el caso de estas culturas en que cada una tenía su propia religión, prácticamente. Ahí encuentra uno cosas muy interesantes de esa interacción entre la lengua y la cultura.

C: Empecemos a hablar sobre su trabajo. ¿Me equivoco o fue con el guatuso con el que empezó?

A: Cuando yo estaba pensando en hacer la tesis de licenciatura, no sé si como hacia el 68, creo que ya había terminado prácticamente los cursos. En esa época yo siempre me llevé muy bien con el que era director de la Escuela de Filología, don Arturo Agüero, y entonces le dije: “Vea, don Arturo, a mí lo que me gustaría hacer sería una tesis sobre una lengua indígena costarricense”. Don Arturo, que había dirigido la tesis de Álvaro Porras Ledezma, me dijo: “Vea, el guatuso es la lengua sobre la que menos se ha trabajado. Entonces yo le recomendaría que trabaje sobre esa lengua”. Le hice caso. Creo que fue en enero de 1969 cuando por primera vez fui a Palenque Margarita. En esa época no había carretera. Se entraba o por el lado de Tilarán, desde el antiguo Arenal, caminando, o en avioneta desde Ciudad Quesada. La primera vez que entré lo hice así. Era un vuelo corto, como de quince minutos. Como el clima ahí es tan lluvioso, la lluvia podía hacer que las avionetas no salieran. Una vez, por cierto, estuve tres días esperando que llegara la avioneta, ahí en San Rafael.

En esa época también yo conocí, ya no me acuerdo por qué, por estos lados, a un bribri de Talamanca. Entonces comencé a recoger datos de bribri y creo que sería en ese sentido la segunda lengua con la que me metí. No fue mucho después de lo de guatuso. Sería seguramente así como a puros comienzos de los setenta. Después, ya hacia el 74, me comencé a meter con el térraba y el boruca. Recuerdo que con el térraba la primera vez que me metí fue como hacia ese año 74, que se me ocurrió ir a conocer Térraba, una Semana Santa. Entonces ahí conocí a don Mamerto. En esa época él no hablaba fluidamente la lengua pero sí le grabé una lista de vocabulario. Después, con el boruca, yo creo que fue posterior pero no mucho. Hicieron una reunión indigenista en Buenos Aires. Estaban invitados representantes indígenas de todas las comunidades de por ahí. Ya ni me acuerdo de si llevé algún trabajo o qué, pero fue algo que se realizó en Buenos Aires. Entonces ahí en Buenos Aires de una vez me metí tanto con el boruca como con el cabécar, porque en el hotelillo en que me quedaba estaba también –creo– don Gumercindo González, hermano de don Ernesto González. No sé si don Ernesto también. Le grabé a don Gumercindo una lista de vocabulario, y ejemplos de sonidos y así por el estilo. Y también conocí a don Ernesto y yo creo que esa misma vez fue que entonces recogí los cuentos de don Ernesto. Y conocí un cabécar. Los datos que recogí con este señor fueron los que usé para mi descripción de la fonología del cabécar en mi tesis doctoral. Yo me había metido a trabajar un poco con el cabécar, pero después, cuando Enrique² se dedicó tan de lleno como lo hizo al cabécar, entonces dije yo: “Bueno, ya con los demás tengo más trabajo de la cuenta. Mejor que se haga cargo Enrique de eso; ahí está la cosa en buenas manos”. Y entré en contacto con el guaymí. En realidad, entre el 68 y algo así como el 76, ya me había metido en algún grado con todas esas lenguas.

Incluso en esa época yo estaba interesado en ver si quedaba chorotega. Iba mucho a Guanacaste. Anduve buscando, pero definitivamente no encontré. Había un señor que decían que hablaba, y, como la gente pues se cree esas cosas sin comprobarlas, a ese señor terminaron contratándolo para que les ayudara en medicina chorotega. No conseguí a nadie que me dijera una palabra, pero este señor sí decía que él sabía. Entonces fui a entrevistarle y comencé preguntándole una lista de palabras. Ya yo, eso sí, tenía las que se habían conservado, y nada de lo que me dijo tenía nada que ver con la lista. Lo que me llamó la atención, de todas maneras, revelando además la impostura, era que el único sonido digamos “exótico” que tenía el chorotega que decía hablar el señor era una erre “a la gringa”. Entonces yo dije: “Esto no suena en absoluto a cosa seria”. Comencé a preguntarle de nuevo las mismas palabras, y no me decía la misma cosa. Él se dio cuenta de que yo estaba comprobando, entonces me dijo que termináramos de trabajar. Lástima que se me perdió esa grabación y, como digo, a ese señor lo tuvo contratado la UNA enseñando, y decía unas cosas... Por ejemplo, una vez un médico judío que tenía un programa en la televisión, así como de las cosas

más variadas, llevó a ese señor y le preguntó quiénes habían conservado la lengua. Entonces este dijo que el chorotega se había conservado solo transmitido entre mujeres. ¿Y entonces cómo diablos hablaba él?

En esa época ya descarté que pudiera trabajarse con materiales recientes. En el caso del chorotega lo que hice fue coleccionar las cosas que han quedado, y por casualidad tuve la suerte de que, cuando me fui a hacer el doctorado, en la Universidad de Pensilvania estaban conservados unos manuscritos de unas listas importantes de términos chorotegas. Cuando volví, Juan Santiago Quirós, que había sido compañero mío en Filología cuando estábamos haciendo la carrera, me dijo que no había hecho la tesis, que si yo no le podía ofrecer un tema. Entonces yo le dije: “Diay, pues mirá, ahí yo tengo todos esos materiales del chorotega. ¿Por qué no hacés tu tesis de licenciatura sobre eso?”. Y eso como que incluso le determinó bastante la vida, porque hasta fue a parar viviendo en Guanacaste.

Algunas cosas las he venido a publicar muchísimos años después de haber recogido los materiales. Me gusta hacer las cosas con cierta calma y con mucho cuidado. En realidad, estuve metido con cuatro lenguas muy a fondo. Por eso más bien cuando yo vi que Enrique Margery se hizo cargo del cabécar, no me volví a meter con el cabécar. Y sobre el guaymí tampoco me sentí tan urgido, porque los estudios que habían hecho en Panamá los lingüistas del Instituto Lingüístico de Verano eran bastante buenos. En realidad no alcanza el tiempo. Aunque todas las lenguas tienen cosas muy interesantes. Por ejemplo, el guaymí originalmente no es de Costa Rica, y el fenómeno del que le voy a hablar comienza en Panamá y sigue de ahí para abajo, en Sudamérica. El uso de las vocales posteriores no redondeadas comienza como en el guaymí y después en Sudamérica es bien frecuente. En cambio por aquí, en las lenguas de Costa Rica y creo que también en las de Nicaragua y Honduras y así por el estilo, ese tipo de sonidos no se daba. El guaymí también, no digamos en un ciento por ciento, pero sí es una lengua que no es ergativa sino más bien de tipo activo. No se cumple completamente porque los verbos de movimiento, que son verbos bien activos, no llevan la marca de agente que llevan los verbos transitivos y otros, y los de otros verbos intransitivos. Pero, sí, tipológicamente, el guaymí en eso es distinto a todo lo que se encuentra en el resto de Costa Rica.

Con respecto al huetar, yo de todas maneras conocía Quitirrisí porque me gustaba ir a pasear por ahí, y me gustaban las artesanías de los descendientes de huetares. Yo sí había visto que no conservaban ya la lengua. Pero sí escribí un artículo, que creo que, por lo menos en parte, después sirvió de fundamento a las investigaciones que hizo Miguel Ángel Quesada Pacheco al respecto. También traté de, en la medida de lo posible, con los materiales que quedaron en el castellano del Valle Central, situarlo como lengua chibchense. De todas maneras, datos del huetar no se pudieron conseguir ni siquiera en el siglo XIX. Lo más probable es que ya para el siglo XVIII, igual que el

chorotega en Costa Rica, se hubiera perdido. El chorotega en Nicaragua sí duró como hasta fines del siglo XIX, pero en Costa Rica yo creo que ya se había terminado en el siglo XVIII, como ocurrió con las lenguas, por importantes que fueran (el huetar era muy importante), que quedaron en las zonas de población española más intensa. Es como en Colombia: ya en el siglo XVIII desapareció el muisca, precisamente por estar en la zona de Bogotá.

C: Volvamos a su trabajo del guatuso. ¿Usted entonces viajaba en avioneta de Ciudad Quesada a San Rafael?

A: Lo más práctico para economizar tiempo y poder dedicar más tiempo a la investigación era ese viaje en avioneta, que a veces podía hacer escala en Monterrey, pero, si era directo el vuelo entre Ciudad Quesada y San Rafael, duraba como quince minutos. Eran vuelos muy pintorescos, porque la gente viajaba con gallinas y todo ahí dentro de la avioneta. Llegando a San Rafael, uno se iba a pie o a caballo. Yo nunca usé caballo para llegar a Palenque Margarita; cogía por la calle que pasa por El Silencio. Por el otro lado no había paso en esa época; tal vez había un trillo por donde está ahora la carretera principal. Pero el camino en esa época era más bien el camino que pasa por El Silencio.

Una vez no nos fuimos en avioneta, sino que seguí otra vía. Salimos del antiguo Arenal, e incluso dijimos que, para no llevar mucho sol, íbamos a hacer la caminata de noche. Estaba muy bonito. Salimos de Arenal y, cuando íbamos subiendo la fila, cambió completamente el tiempo. Se puso de temporal, con un aguacero tremendo, y el camino se hizo un barrial. Me acuerdo que al biólogo que andaba conmigo no le gustaba usar botas, sino solo tenis, y en uno de los barriales de ahí subiendo la cuesta se le quedó pegada una tenis y duramos como quince minutos hasta encontrarla. Íbamos con un amigo guatuso, con Aniceto, quien por cierto estaba un poquillo resfriado. Entonces ya, como se puso tan difícil, porque se hizo el barrial tremendo, caminando ahí de noche con la lluvia, le dijimos a Aniceto que dónde podríamos alojarnos, y dijo que, una vez llegáramos a la parte más alta, por ahí había una casa, que había sido de unos campesinos pero que la habían abandonado, que podíamos meternos ahí. Y nos metimos. Eso sí, a la casa le hacían falta tablas, entonces el ventolero se metía. Había quedado solo una cama, y en una habitación que sí estaba bien protegida. Entonces por consideración a Aniceto, que estaba resfriadillo, le dimos ese campo y el biólogo y yo nos quedamos en otra parte de la casa, pero, como se metía el viento y estábamos mojados, estábamos bien muertos de frío, de manera que, en un momento en que Aniceto en la madrugada se levantó para orinar, salimos corriendo y le quitamos la cama, porque ya no aguantábamos.

Y después caminamos todo el día siguiente en ese camino, para ir a dar a un alto que se ve desde El Silencio, que se llama La Poma. Ya era tarde, entonces decidimos no seguir. Ya llevábamos la noche y ese día de caminar; paramos donde unos

campesinos blancos, que por cierto todavía conservaban el diminutivo en -ico, por lo menos para los nombres propios, porque al hijo de ellos le decían Juanico. Ellos nos dieron alojamiento y ahí pasamos esa noche. Ya al día siguiente sí llegamos a Palenque Margarita.

En un viaje nos ocurrió una anécdota en cuanto a la proxémica, el manejo de distancias. Como los guatusos eran extremadamente pegados, se abrazaban prácticamente a uno, hombres y mujeres, para hablarle, y yo andaba con don Óscar Chavarría. Un día que me puse a trabajar con Joaquín, quien andaba con doña Rita, su esposa, estábamos en torno a una mesa; de un lado estábamos sobre una banca don Joaquín y yo, trabajando, y al otro lado estaban don Óscar y doña Rita. Y doña Rita quería conversar con don Óscar a una distancia apropiada desde el punto de vista tradicional guatuso, y don Óscar, que además había vivido la mayor parte de la vida en Estados Unidos, estaba todavía menos acostumbrado a que se le aproximaran tanto para hablarle. Doña Rita entonces se le aproximaba a don Óscar y don Óscar se iba corriendo hasta que llegó al extremo de la banca y ya no pudo correrse más, y Joaquín estaba viendo y le daba risa pensar qué podía estarse imaginando don Óscar. Y entonces ya, cuando lo había acorralado ahí en el extremo de la banca, dice don Joaquín: “Pobrecito yo, seguro te vas a llevar a mi esposa”. Es un ejemplo interesante de las diferencias de interpretación. En eso guatusos y talamanqueños son completamente opuestos, porque para los bribris, en cambio, la distancia distancia decente para ellos era como de un metro, por lo menos. En cambio en el caso de los guatusos, llegaban los señores y las señoras mayores, lo agarraban a uno para hablarle y para despedirse y para todas las conversaciones.

En fin, don Óscar, que había quedado muy maltrecho del viaje de entrada porque eran caminatas como de ocho horas, me acuerdo que –yo digo que siempre me pasaba que, cuando llegábamos al lugar, durante un día, el primer día, nadie me hablaba porque estaban resentidísimos– decía: “Tengo ampollas en las ampollas”.

En otra ocasión, andaban dos estudiantes de arqueología conmigo, porque yo le había pedido a don Carlos Aguilar, el arqueólogo, que me acompañara para observar lo que había. Me dijo que él no podía ir, pero que iba a mandar dos estudiantes, y uno de los estudiantes resultó un caso muy divertido, porque era un tipo que decía que era budista zen y entonces que no comía carne. A los guatusos les chocó porque, según la forma tradicional de pensar, en cuanto al hecho de que le ofrecieran algo y él no quisiera comérselo, lo que cabe pensar es que, por estar en tratos con los diablos, vea gusanos en la comida o alguna cosa así por el estilo. Entonces, hay un personaje de una tradición guatusa, Mucúfa, de quien se cuentan situaciones así. Por eso, le pusieron de apodo a ese muchacho Mucúfa.

Mucha de la fama de ariscos de los indígenas tiene que ver en realidad con las normas de educación de los indígenas del sur de Costa Rica. Primero, porque estas

eran culturas de mucha distancia corporal; segundo, no era de buena educación entre ellos hacer contacto visual, entonces por eso ellos desviaban la vista, y la gente hispánica interpreta eso completamente al revés. El hispano, cuando ve a la persona haciendo eso, piensa que quién sabe por qué lo estará haciendo. Entonces la gente tiene una actitud como que los indígenas son ariscos, y yo nunca me absorbí esos prejuicios.

En el caso de los guatusos, yo llegué y les conté así muy claramente en qué andaba. Como llegué y los traté así de manera muy natural, y además toda la vida había sido como un sueño mío tener que ver con ellos precisamente, entonces seguro se me notaba que estaba muy contento de estar ahí. Incluso hicieron como una especie de fiesta ahí mismo en la casa del maestro, como a los cuatro días de que estábamos ahí. Y estuvieron cantando y tomando chicha y todos contentos. No tuve desde ese punto de vista ningún problema. Incluso ese viaje era interesante porque, aunque hablaban bien el castellano las personas como Eustaquio³, en ciertas cosas la influencia del guatuso se notaba. Por ejemplo, en la dificultad para distinguir en los verbos el presente y el pasado, por lo del modo real en guatuso. Y me acuerdo que un día llegó Eustaquio reclamándome: “Es que yo vengo y usted no está” o algo así por el estilo. Era que él estaba refiriéndose a que había venido en la mañana y yo no había llegado.

Ellos siempre han sido tan expresivos, hacían como discursos. Entonces, por ejemplo, Concepción Velas dijo que nosotros habíamos venido de muy lejos a verlos a ellos, que querían recibirnos muy cordialmente y que me iba a cantar una canción para que yo la llevara “grabadamente” –dice–, y que incluso que se pudiera oír cuando él ya no viviera. Fue muy agradable desde esa primera vez. E igual con los bribris. De alguna manera, seguro por el aprecio, el interés que yo siempre tuve desde niño, eso lo hacía sentir y pues también me llevé bien. Y rápido porque, por ejemplo, en el caso de los borucas, en una reunión que duró como cuatro días, conseguí que don Ernesto me contara las narraciones que habían quedado de él. Yo creo que no quedó otra grabación de eso en ese lapso. Con don Mamerto, yo llegué un jueves santo o algo así por el estilo a Térraba, me lo topé y ya me puse a hablar con él y a grabarle palabras, de lo más bien.

C: Como lingüista, ¿usted estaba preparado para esa primera experiencia de campo?

A: Pasa lo siguiente. Cuando yo era estudiante, en esa época apenas hacía poco que había fundado en Lenguas Modernas la carrera de Lingüística don Jack Wilson, que no hacía mucho se había doctorado en Estados Unidos en lingüística. Y en Filología, todavía propiamente lingüística no había. Había cursos en que uno podía aprender algo, con don Arturo⁴, no de manera explícita pero sí por las cosas que él le exigía a uno leer. El curso de Introducción a la Lingüística era más bien como una historia de la lingüística. Entonces, en el momento en que yo me puse a trabajar en eso, había tenido algo de entrenamiento en el curso de Métodos de campo, de don

Jack. Entonces sí tenía alguna preparación. Al darme cuenta de que había recibido una educación en lo lingüístico bastante limitada, exceptuando por ese curso de Método de trabajo con informantes, y algún otro que había tomado de la carrera que había fundado don Jack, me puse a leer bastante. Incluso iba encontrándome cosas. Por ejemplo, para mí, la cuestión de la ergatividad fue curiosísima, porque en ese momento en Costa Rica nadie había hablado de eso, ni el mismo don Jack. Entonces llego yo y comienzo a ver eso de que se marcan los agentes del verbo transitivo de una manera y que, en cambio, el paciente del verbo transitivo es igual que el agente del verbo intransitivo. Leyendo ya me di cuenta. Por eso, desde mi tesis de licenciatura, ya yo sí dije que eso era la construcción ergativa. Pero sí, digamos que la formación recibida en la Escuela de Filología no capacitaba especialmente. Nada más que a mí los sonidos siempre me llamaron la atención y por mi gusto por las lenguas yo había estado practicando aunque fuera de una manera totalmente empírica, por ejemplo cuando estuve con el húngaro, pequeño, practicando la a breve del húngaro, que es posteriorizada; entonces aprendí a pronunciar eso. El húngaro tiene vocales largas y breves. Precisamente lo de representar la diferencia de cantidad con tilde en guatuso se me ocurrió por el húngaro, porque en húngaro la tilde la usan para eso. Yo había recibido desde primaria inglés y francés, y le preguntaba sobre el gallego a papá, y algunas veces a papá se le ocurría hablar algo en gallego. Entonces digamos que podía tener como cierto entrenamiento, pero todavía ni siquiera en la carrera que había fundado don Jack había un curso de fonética práctica. El curso de fonética práctica lo fundé yo cuando volví del doctorado en Estados Unidos, porque ahí recibí un curso así. Por eso, y como a mí me gusta hacer las cosas con el mayor detenimiento, empecé la tesis sobre el guatuso en el 69, pero la presenté en el 75.

C: ¿Cuál diría usted que son sus principales aportes con respecto al trabajo con los malecus (guatusos) y con la lengua en particular?

A: Bueno, creo que antes de mi trabajo no existía en realidad una visión de la parte de gramática. Alguna explicación de cómo era la gramática de la lengua prácticamente no existía. Creo que mi tesis fue una presentación de la gramática, y en general pues la trataba adecuadamente. La definición de cuál era el sistema fonemático de la lengua no se había hecho tampoco hasta el momento. Todavía no interpreté bien el asunto de la cantidad, pero el resto de los elementos, el inventario de fonemas, exceptuando la diferencia de largas y breves en las vocales, sí es el que de todas maneras los estudios siguientes han seguido reconociendo. En materia de léxico, para el léxico que yo puse en la tesis se siguen pautas uniformes de segmentación, porque en los léxicos que había anteriormente podía ser perfectamente una oración y que la pusieran como equivalente. Incluso en algún caso es una broma. Por ejemplo, al pobre monseñor Thiel⁵, algún guatuso que no estaba muy seguro o contento por alguna razón con él, cuando le preguntó que cómo se decía infierno en guatuso, le dijo

una oración que yo creo que él escribió “Pronto te estarás quemando en el hueco de fuego” o algo así por el estilo. En cambio, las cosas que presenté como lexemas de una palabra son lexemas de una palabra. De todas maneras, los que habían trabajado sobre esa temática no tenían preparación. En el caso de Álvaro Porras Ledezma, en materia de fonética, conocía los estudios de fonética de español. La referencia de él es el libro de Fonética Española de Navarro Tomás. El mismo Walter Lehmann⁶ no era lingüista propiamente. Monseñor Thiel menos. Otros recogieron vocabulario por otros intereses, como Pittier⁷, que recogió por nombres de plantas y cosas así por el estilo, pero que tampoco tenía preparación propiamente lingüística. Entonces, aunque la preparación propiamente que había recibido yo en la carrera de Filología no habilitaba tanto lingüísticamente, los cursos que había recibido con don Jack y las lecturas me habían dado una capacitación lingüística por lo menos hasta cierto nivel me permitieron hacer un trabajo que creo que en ese sentido pues sí ha servido de base ya para lo que vino después.

C: En el libro *Lacá Majifjicá. La transformación de la tierra*, usted cita, a modo de epígrafe, unas palabras de Elías Lönnrot, el compilador del *Kalevala* de Finlandia, sobre la importancia de recopilador la tradición oral. ¿Cuál fue la motivación para incluir ese epígrafe? ¿Siente de alguna manera un paralelismo entre su obra y lo que él hizo?

A: Bueno, lo que pasa es que a mí siempre las obras épicas me gustaron mucho, desde niño. Por ejemplo, yo creo que como en quinto grado me leí el *Edda* poético y me encantó toda esa cuestión de la mitología escandinava, y también tempranamente leí la *Odisea* y me gustaba mucho, entonces en determinado momento también me compré el *Kalevala* y me lo leí. Me pareció que, eso sí, las circunstancias del *Kalevala* eran más próximas a las circunstancias de los guatusos, porque los finlandeses habían permanecido hasta el siglo XVIII usando como lengua culta el sueco, no el finlandés. Es más, el finlandés comenzó a escribirse más o menos en esa época, y él recoge la literatura propia, tradicional. Entonces uno procurando en ese momento, igual que hicieron con el finés, crear una adaptación de la escritura latina para poder escribir esa lengua, que no se había usado por escrito antes, y la literatura también recogerla precisamente por escrito, me pareció significativo y me pareció que en ese sentido era una tarea semejante.

C: Recuerdo que una vez me contó una historia sobre una señora que le compuso un canto tradicional en malecu.

A: Fue precisamente doña Amelia. En el libro de las canciones⁸ puse una. A esta señora se le antojó decir en broma que yo era el turrúcu⁹ de ella. Esas canciones son de creación personal. Incluso la cosa es tan personal que, en primer lugar, como son en general de tema erótico, los hijos normalmente no las cantan, porque ¿qué van a andar cantando las cosas eróticas del papá o la mamá? Además, cantar una canción

de otra persona se podía solo si la otra persona le había dado permiso a uno. En eso los guatusos son una cultura que en algunos aspectos es extremadamente individualista. Entonces doña Amelia se llevaba muy bien conmigo. Siempre que yo iba, la visitaba, tal vez le llevaría alguna comida o alguna cosa así por el estilo, y ella entonces hizo varias canciones sobre esas llegadas mías. Una vez, viniendo en el camino, pasé por una casa y me di cuenta de que ahí estaba. Esperé que ella terminara de hacer lo que estaba haciendo ahí y nos fuimos para Palenque Margarita juntos. Como los guatusos son de ese humor, entonces ella dice en la canción que va a cantar para el turrúcu, que viene de lejísimos, y ese soy yo.

C: Usted básicamente es la persona que tiene el trabajo más amplio y más serio sobre la lengua y sobre la tradición oral malecu, y sobre la cultura tradicional. ¿Qué es lo que más le ha gustado trabajar? ¿Qué es lo que más le ha llenado a usted como académico? ¿O todo en igual medida?

A: Bueno, es que uno tiene distintas facetas. Por un parte, digamos a mí, por ejemplo, cosas del guatuso, como esas especialidades, como esos hechos especiales, en relación en ese caso con el vocabulario, son muy interesantes y yo creo que me ayudan a entender mucho sobre la naturaleza de las lenguas. Incluso eso me ha creado a mí el convencimiento de que lo que existe no son marcos necesariamente totalmente fijos, como pretende el punto de vista de tipo chomskiano. Yo lo que creo es que son más bien tendencias que casi siempre predominan, pero que siempre también existe la posibilidad de que no se sigan. Y la gramática del guatuso es muy interesante. Por ejemplo, yo creo que por el tipo de lenguas también con la que está en contacto la mayor parte de la gente, aun alguien que trabaje sobre el bribri, el guatuso con todos esos enclíticos que tiene de segunda posición es muy interesante. Digamos, son cosas de las que uno no tenía la menor idea, y podía haber seguido sin ninguna idea de eso, de cómo por ejemplo la marcación de cosas como futuro, que en castellano las consideramos ligadas al verbo, tienen que ver simplemente con la primera posición, con ponerse al final del primer elemento al que le toque estar en la oración. Y hay así una cantidad de cosas que entonces le enseñan mucho a uno. En materia por ejemplo de fonología, la lengua, en mi experiencia, que les suena más bonito a los hispanos es el guatuso, y yo creo que es precisamente porque es la menos diferente desde el punto de vista fonológico.

Eso por un lado. Y después a mí el arte verbal siempre me gustó mucho, incluso desde niño a mí siempre me gustaron mucho las tradiciones orales. Yo me acuerdo que hubo alguna empleada y cuando yo estaba pequeño en la casa, aunque me diera miedo, me gustaba que me contara historias de aparecidos y todo eso que era algo que era muy popular en aquellos tiempos. Aparte de las características también, que son muy interesantes de ver: cuáles son los procedimientos para conformar, por ejemplo, verso frente a prosa, y tantos asuntos que hay ahí, formales, pero también el contenido,

entonces los relaciona uno y lo hacen penetrar profundamente la cultura. Y uno ve en ese caso la complejidad de una cultura. En ese momento, cuando yo comencé a ir, los guatusos no eran ni quinientos. El conocer una cultura así lo hace ver a uno que, desde el punto de vista de la cultura que es colectiva realmente, ya no las creaciones literarias particulares ni la literatura erudita, sino la literatura popular, tradicional, puede ser un pueblo de cientos de millones y no tiene una tradición oral más rica que un pueblo que no es ni de quinientos. Eso incluso desde el punto de vista de la igualdad humana, de los seres humanos, es una cosa muy interesante e impresionante, porque es una cantidad de tradición y una cantidad de textos pero tremenda y en un grupo tan pequeño. Entonces, todas esas cosas han sido muy satisfactorias.

Después, son muy interesante las diferencias tan profundas que puede haber aun en lenguas de una misma agrupación, porque en bribri, por ejemplo, lo que es fundamentalísimo es el aspecto, y el aspecto en guatuso en cambio no; lo de real frente a no real, eso sí es fundamental en guatuso, y en bribri no hay nada así exactamente equivalente a eso. Es algo muy interesante. Entonces, yo digamos he disfrutado muchísimo. Lo mismo en materia de arte verbal, los distintos tipos de arte verbal. Por ejemplo, es muy interesante que los guatusos la metáfora la tengan circunscrita casi más que nada al duelo verbal. En textos que uno consideraría más típicamente literarios no se usa metáfora; en cambio, en los duelos verbales era pero montones de metáforas que utilizaban. Todo ese tipo de cosas son muy interesantes y seductoras.

En el caso de los guatusos, a pesar de ser una sociedad mucho menos estratificada y no tener especialistas en el grado en que lo tenían los bribris y los cabécares, hay en los cantos rituales palabras que solo aparecen en ellos, y de muchas de ellas no se puede precisar el significado. En el caso de bribris y cabécares, sí era ya un lenguaje y ahí sí se puede precisar bien porque todavía los suquias le pueden explicar a uno bien el lenguaje. En el caso de los guatusos, es interesante pero no llega uno a poder haber hecho una presentación del habla ritual como la que sí pude hacer para el caso de los bribris. Entonces, hay tanta cosa que es tremendamente instructiva para uno desde el punto de vista de la profesión que uno escogió.

C: Usted ha podido trabajar en muchos casos incluso con los últimos hablantes fluidos de las lenguas, con los últimos conocedores de la tradición oral. ¿Se considera afortunado?

A: Sí me considero afortunado, por supuesto. Tuve la ocasión –y creo que también supe aprovecharla– de conocer y de llevarme bien con personas como, por ejemplo en el caso del boruca, don Espíritu Santo Maroto¹⁰. E incluso que coincidieran los intereses. Por ejemplo, hablando del libro de Leyendas y tradiciones borucas, don Víctor Manuel Arroyo conocía a don Espíritu y tenía el sueño de llegar a hacer una colección de leyendas; no llegó ni a empezar. Y don Espíritu, él siempre se pasaba escribiendo cosas en boruca. A mí, por mi parte, algo que me sedujo mucho de la tradición

boruca es que prácticamente para cualquier accidente geográfico, cualquier catarata, sea grande o pequeña, hay una leyenda. En ese sentido, incluso, yo a los borucas les he dado el consejo –y creo que a partir de cierto momento empezaron a seguirlo– de que uno de los atractivos mayores para los turistas es eso. Porque a uno le pueden enseñar un paisaje, puede ser bonito e interesante, pero si además le cuentan una leyenda relacionada con ese paisaje, eso no se le borra. Entonces, yo también estaba con esa aspiración. Coincidimos don Espíritu y yo completamente en el interés en hacer eso. Tuve la oportunidad de conocer narradoras incluso en cierto sentido hasta mejores que don Espíritu, con más gracia, como doña Isolina o doña Santa Carmela Morales. Son personas que todas han muerto. Incluso lamento que, cuando trabajé con doña Isolina, estaba interesado en narraciones, todavía no en canciones, quién sabe si hubiera logrado con doña Isolina haber rescatado más, porque, de boruca, es curioso que en materia de narraciones y todo quedó muchísimo más que en térraba. Los térrabas de todas maneras se hicieron católicos y aliados de España, pero bien decididamente, y entonces descartaron completamente la tradición oral, los mitos y leyendas. En materia de narraciones de térraba quedó bien poco. Yo pude recoger algunas cositas, pero de boruca quedó mucho. Sin embargo, quizás por ser que ese tipo de canto de creación personal sí lo practicaban los hombres entre los térrabas, a diferencia de los bribris, entonces quedó mucha mayor variedad de canciones térrabas que borucas. Y sí, pude conocer a muchas personas, incluso a algunas fue poco lo que ya les llegué a recoger. Por ejemplo, a don Sotero Carrera, medio hermano de don Mamerto, al que llegué a grabarle nada más una canción en térraba y otra en castellano, pero muy interesante, porque la canción en térraba que le grabé a don Sotero es una canción muy bien estructurada y que comienza como con pretensiones de una reflexión, y, al final, termina, en cierto sentido, en una burla descarada del asunto. Es una que comienza toda la parte que pretende ser así como de una inquietud profunda por el destino: “¿Hoy? ¿Más tarde? ¿Mañana? ¿Dónde estaré? ¿Estaré en el lejano extranjero cerro, cima?”. Y de último dice: “No lo sé”, y entonces ahí parece como una inquietud por el futuro, y cambia ahí la rima: “Estaré sobre una roca de un lugar extraño, estaré en un mar de un lugar extraño... Con la panza llena”. Aunque fuera esa sola, de todas maneras me parece –sea que a alguien le guste o no el contenido– que está muy bien estructurada, hasta con la rima y todo, pero al mismo tiempo así con ese espíritu burlesco. Y así quedaron de don Mamerto bastantes canciones y de don Ricardo cierta cantidad. Y de temáticas distintas, puede ser de trabajo. En cambio, de boruca todas las canciones que quedaron son de cuna, exceptuando una de la que doña Paulina una vez se acordó y me dijo que le cantaba un señor a una señora, la cual de todas maneras me hace mucha gracia porque es una canción en que el señor, que está enamorado de la señora, es de lo más pedigüño, de todo le pide: le pide la cachimba, que se la dé, que le dé esto, que le dé el otro.

C: Cuando yo oigo hablar de don Espíritu Santo, me parece una persona muy particular dentro del contexto, un activista prácticamente, una persona preocupada por escribir su lengua, recopilar, hacer trabajos y de todo. ¿Efectivamente es una persona tan particular como yo me lo imagino?

A: Sí, porque imagínese que él sin haber recibido ninguna educación ni nada, antes de que yo lo conociera, lo habían puesto de maestro en la escuela de Boruca, maestro de la lengua. Y si don Espíritu hubiera tenido la posibilidad de educarse, se habría graduado en lingüística. Él solo creó la ortografía de la lengua. Yo lo que hice fue regularizar la escritura de él, quitándole ciertas incoherencias, cosas que no hacían falta, como usar haches a veces y otras no, usar c con sonido de s y cosas así por el estilo. Él tomó la uvecilla para marcar la oclusión glotal del contacto con el antropólogo mexicano Pozas¹¹, que hizo el primer silabario de cabécar. En boruca la presencia del saltillo provoca laringalización de la vocal, y Pozas lo que percibió fue la laringalización más que nada, y seguro conocía alguna lengua en México con ese fenómeno. Yo creo que él originariamente ponía eso encima de la vocal, pero don Espíritu fue al que se le ocurrió trasladarlo a la par, seguro porque don Espíritu sentía que la cosa más bien más importante era el saltillo, que no era parte de la vocal, sino que estaba a la derecha de ella. Pero sí fue una persona completamente notable en ese aspecto. Don Espíritu tenía esa vocación que no la tenían otros. Había otras, sobre todo señoras, que eran mejores narradoras, más entretenidas, con narraciones más brillantes y todo, pero no con ese espíritu de recoger todo.

C: Cuando usted empezó a trabajar con el boruca, ya era una lengua en clara declinación. Y cuando empezó a trabajar con el malecu, este tenía vitalidad y la ha ido perdiendo aceleradamente, como el bribri. ¿Qué siente usted como lingüista al presenciar ese proceso de declinación acelerado?

A: Bueno, en primer lugar, espero que no sea por lo de “mal de muchos consuelo de tontos”, pero es un fenómeno que viene ocurriendo en el mundo desde probablemente desde siempre. Porque, por ejemplo, en la época prehispánica, desde el momento en que se desarrollan entidades poderosas con imperios como los incas, el quechua provocó la desaparición de muchas lenguas en el imperio incaico. Es más, las técnicas de absorción del imperio incaico eran muy prácticas en cierto sentido, pero al mismo tiempo tremendas. Cuando ellos conquistaban un territorio nuevo, frontera con ellos, agarraban a gente hablante de quechua y la trasladaban a ese territorio, y a los que estaban en ese territorio los trasladaban al interior totalmente, entonces ya a esos no les quedaba más remedio que asimilarse. Ciertamente lo puedo lamentar en lo personal, en el sentido de que de todas maneras ya incluso a veces hasta los jóvenes que más se las tiran de estar valorizando su etnia, en realidad incluso el mecanismo que usan de valorización es simplemente aplicación de lo que en la cultura occidental se hace en esos casos. En cambio, yo sí tuve, por ejemplo en el caso de los guatusos, oportunidad

de tratarme con esos señores que todavía eran pero bien típicos. A mí siempre me hace gracia. Una vez que un profesor aragonés que trabaja en la Universidad de Valencia, Ángel López, vino a pasear, me dijo que él tenía muchas ganas de conocer. Yo le dije que dentro del tiempo que él tenía, lo mejor era ir a Guatuso, y lo llevé con la esposa. Fuimos ahí un día y después al final del día nos devolvimos. Y había una señora, doña Gabriela, en Tonjibe, con la que anduvimos parte del día. Los guatusos tradicionales tenían que hacer un discurso cuando uno se despedía de ellos. Entonces doña Gabriela comenzó a echarse un discurso en guatuso y yo ya les iba traduciendo. Era propio de la retórica y simplemente una tradición. Podría ser que fuera sentido hasta cierto punto o no, pero ellos eran dramáticos. Decían cosas como: “Te vas y yo me quedo solo y desolado y triste” y no sé qué, y entonces en determinado momento la esposa de Ángel me dice: “No, no, no me digas más, que me voy a poner a llorar”. Igual que el idioma se va perdiendo, esa forma de ser, tan interesante, por diferente, ya prácticamente se ha perdido. Ya ahí en Palenque Margarita nadie lo va a agarrar a usted y lo va a abrazar para hablarle cualquier cosa y sin ninguna intención de nada, sino simplemente porque los guatusos, contrario a los indígenas del sur de Costa Rica, eran pegadísimos. Entonces por supuesto que es una pérdida desde un punto de vista de cosas que uno conoció y disfrutó, pero eso es lo mismo que va pasando –ya eso es algo más personal– a lo largo de la vida: ya llegar a una edad como la mía, bueno primero comienzan a irse amigos como Enrique¹² y como Feliciano¹³. Se va uno también. Entonces por supuesto que uno lamenta eso, porque son personas con las que uno pasó tan buenos momentos; uno los echa de menos, así como ocurre con las costumbres así en algunos aspectos tan particulares.

Por supuesto que yo considero que sí es fundamentalísimo todo lo que se pueda testimoniar de esas cosas, que se recoja, porque para el conocimiento del ser humano es bueno ver y poder comparar todas esas cosas, y eso nos puede llevar a un conocimiento mucho mejor que el que se deriva si no se conoce. Pero, por otra parte, sí es un proceso que ha existido siempre y que lamentablemente es así. Incluso los antepasados nuestros, Homo Sapiens, acabaron al parecer con los neandertales y el idioma de los neandertales sería todavía más divergente. Yo lo que encuentro es que son procesos que prácticamente en realidad no se pueden detener. Entonces, como cada cultura explora ciertas cosas que tal vez otras no exploran y ahonda en ciertos aspectos que otras no, desde el punto de vista incluso simplemente de conocer –y es fundamental conocerse a sí mismo, conocer la naturaleza humana–, es entonces fundamental que quede bien documentado lo mejor posible. Por ejemplo, yo no tengo mala opinión en absoluto del trabajo de Berlin. Me parece excelente lo que él dice en materia de colores, pero tal vez él no trabajó o no tuvo la suerte de entrar en contacto con lenguas en las que se permitieran más divergencias y entonces quedó con la idea de que eso era casi como ley que se cumplía necesariamente. Y no. Hay casos en que

no. Sí es fundamental, si se tiene la oportunidad, aprovecharla lo más que se pueda, porque, aunque uno tenga mejores intenciones, no va a lograr nunca hacer todo lo que uno quisiera hacer. Pero documentar, y después, en la medida en que hubiera, por ejemplo, si algún guatuso tuviera interés sincero, si estuviera convencido de la validez de la religión de sus mayores, yo, pudiendo hacerlo, pues entonces le enseño todo lo que pueda al respecto. Si es más bien, como es en la mayor parte de los casos, por interés turístico, entonces no me preocuparía tantísimo, aunque también es bueno. De todas maneras, la presión de la colectividad en el caso del ser humano es algo tremendo. La mayor parte de los seres humanos, yo diría que como el noventa y nueve por ciento, prácticamente no resiste. Incluso aquello que la gente sostiene que son sus convicciones, no es tanto eso sino simplemente del grupo al que ha decidido pertenecer, lo que está en ese momento de moda pensar y ser aceptado.

Yo diría que, desde la perspectiva de la ciencia, del conocimiento, lo más importante es documentar, documentar lo mejor posible para que todas esas posibilidades del lenguaje, todas esas posibilidades del ser humano, incluso en cuestiones de conducta, y demás, queden bien atestiguadas, y tratar de captar la naturaleza humana o la naturaleza del lenguaje, como elemento de juicio para ser tomado en cuenta. Incluso es interesantísimo cómo los indígenas también tienen cosas tan distintas. Por ejemplo, me acuerdo cuando comencé a llevar a Feliciano¹⁴ donde los guatusos, de las conversaciones y lo que surgía, y que resultaba de lo más divertido. Con doña Joaquina una vez que estábamos ahí, ella se puso a hacerle preguntas a Feliciano: “¿Y ustedes con quién se casan?”. Y entonces Feliciano con mi ayuda nos pusimos a explicarle el asunto de las primas por parte de los hermanos del papá¹⁵. Doña Joaquina se quedó horrorizada, porque para los guatusos las primas son completamente inaccesibles. Entonces le dice así: “¡Cochinos! ¿Es que no hay más mujeres que las primas?”. Todas esas cosas, incluso los juicios, son interesantes, por ejemplo oír a doña Joaquina diciendo que los ojos de nosotros son como de pescado o de pájaro, muy redondos, todas esas cosas son interesantes. Por ejemplo ese choque entre las cosas de los bribris y los guatusos, o como el caso de un bribri que se casó con una guatusa. A veces la familia de él va a pasear a Guatuso. Una vez llevaron a la mamá de él a un lugar. Monos colorados, que son los que los guatusos podían comer, ya casi no quedan; en cambio, monos congos quedan. Entonces llegó la señora, vio esos congos y quedó fascinada, y ya dijo que si no le podían ayudar porque ella quería comer eso. Los guatusos se quedaron espantados; después, por complacientes, le dijeron que la iban a ayudar a matarlos pero que en más nada se metían ellos con el asunto.

Sería bueno si se pudiera conservar. Pero en realidad no, no hay tal, y eso nos está pasando a todos, porque, por ejemplo, ¿cuántos campesinos ahora, a comparación de antes, sabrán los cuentos venidos de España, como yo todavía conocí? Los mismos cuentos que encuentra uno de toda esa parte del mundo. Una vez recogí uno

que publiqué en la Revista de Filología, que aparece en una antología que tengo de cuentos españoles. Y también me lo encontré en versión rusa. Ahora me gustaría ir a algún lugar del campo, aunque sea retiradito, a ver a quién encuentro que me pueda contar esas narraciones. En ese sentido, actualmente, nosotros somos menos diversos de lo que fuimos en otro momento también, con respecto por ejemplo a los gringos. Es un proceso que, en las condiciones actuales del mundo, es prácticamente inevitable.

C: Ahora me contaba de algunos aspectos que le habían parecido siempre muy interesantes de la lengua guatusa, como lingüista. ¿Y del boruca?

A: Ah, el boruca es una cosa interesantísima. Es una lengua que no tiene verbo 'ser' ni 'estar'. Es simplemente porque el boruca puede flexionar para tiempo los sustantivos, incluso las frases posposicionales. Entonces ¿para qué necesita esos verbos? A mí me parece interesantísimo. Yo creo que nunca he oído hablar de algo así, aunque creo que en el fondo el misquito también es así, pero lo que pasa es que les ha resultado tan exótico a los que han trabajado con misquito que, en lugar de interpretarlo como es en realidad, han interpretado que las flexiones que se le ponen son el verbo 'ser'. Ya solo ese rasgo del boruca es un rasgo fascinante.

C: En la introducción de Leyendas y tradiciones borucas, usted dice que las dos funciones que podía cumplir ese trabajo eran: “Reunir en forma bilingüe cierta cantidad de textos para ponerlos a disposición de quien, por diversos motivos, deseara estudiar la literatura oral boruca; y dotar a los niños borucas de lecturas que los estimularan al resguardo en su propia lengua”. Luego de más de tres décadas de la publicación de ese libro, ¿usted piensa que esos propósitos de alguna manera se han logrado?

A: Bueno, yo creo que quienes deseen estudiar la literatura oral boruca, pues no son muchos, igual que en cualquiera de estos casos, pero sí ayudó a difundir esas temáticas, con las limitaciones del interés que siente la gente de un mismo país en los textos de otras culturas. Una vez, cuando estuve en Galicia, me hicieron una entrevista. Siguiendo ese tipo de tendencias comunes, la entrevistadora, cuando yo le dije que la gente no sabía mucho, me dijo que cómo era posible; entonces yo le pregunté qué sabían los catalanes sobre los vascos o así por el estilo. El interés es limitado.

Después el asunto de hasta qué punto han servido, en realidad yo no me he puesto a evaluar cuánto se habrán usado o no se habrán usado esos textos en la enseñanza que se hace de la lengua en las escuelas borucas, a los niños borucas, que ya para ninguno de ellos la lengua es lengua materna, de todas maneras. Pero que se difundió, se difundió. Incluso, cuando la primera edición estaba ya por terminarse, quedaban como cien ejemplares, la Editorial de la Universidad de Costa Rica me los dio para que yo repartiera. Eso sí, quién sabe qué los hicieron, porque al cabo de ya muchos años, en la mayor parte de las casas donde había dejado uno ni sabían decirme dónde estaba el libro. Yo en los cursos que he dado ahí, en Boruca, he usado esos textos y los disfrutaban mucho y les llaman mucho la atención. Sobre todo uno les puede

hacer notar lo interesante, lo valioso, lo original de las tradiciones propias de ellos. Como yo les digo a los borucas, ellos fueron los primeros que tuvieron alarmas como esas de los carros, que en algún momento yo recuerdo que habían aparecido unas que hablaban y que decían: “No se acerque”. Porque los borucas decían que ellos tenían un maíz que hablaba: cuando llegaba alguien a robarse mazorcas, dicen que comenzaba la mata de maíz: “¡Dueño, dueño, que me van a robar!”. Entonces les digo que ellos fueron los primeros que tuvieron ese tipo de alarma. Antes se habían recogido algunas leyendas, pero, en primer lugar, eran muy pocas, y, además, incluso sin la participación reconocida como coautoría de uno de la misma comunidad. En el libro *don Espíritu* aparece ahí reconocido como coautor; probablemente sea el primer libro en que se puso como coautor a un indígena costarricense en ese tipo de investigaciones. Y sí se volvió algo importante para ellos.

C: ¿Cómo se ha recibido que una persona que no es de la comunidad sepa más la lengua y más de la cultura tradicional y de la cultura oral?

A: Como recibirlo mal, no. Siempre me han tratado respetuosamente y amablemente. Por lo menos reacción negativa yo no he sentido. Las reacciones negativas vienen más bien de personas que se dejan arrastrar por fantasías económicas, pues tal vez alguien les ha hecho creer que uno hace montones de plata con esas obras, o algo así por el estilo. Pero, en general, la actitud de la comunidad ha sido de agradecimiento por ir yo a realizar ese tipo de labor. Disfrutan, al parecer.

C: Cuando empezó a hacer trabajo de campo en Talamanca, ¿cómo inició?

A: Yo había trabajado con Feliciano, y también con un señor que creo que era de Home Creek, y que vino unas veces y yo le recogí datos. Y después, yo creo que fue cuando don Jack y yo nos metimos en el asunto del periódico¹⁶ y del curso. Entonces no fue trabajando allá en primer lugar, sino trabajando acá con Francisco Pereira. Y yo tuve muy buena suerte en eso con Francisco Pereira, porque era una persona brillante. Aprendió a escribir en bribri perfecto. Yo había conocido bribris más bien del lado del Pacífico, pero en Talamanca a lo mejor mi primera experiencia fue cuando fuimos a repartir el periódico. Entonces conocí gente allá.

C: ¿Qué del bribri como lengua es lo que más le ha llamado la atención?

A: Bueno, muchas cosas. A uno le llama la atención, en esas lenguas, que eso sí es un rasgo común de las lenguas del oeste de Panamá, y del sur de Costa Rica, exceptuando el boruca, el asunto de la clasificación numeral. Eso es algo llamativo. Después, el sistema de flexión verbal con su énfasis en el aspecto, y, en cambio, también tiene tiempo, pero muy supeditado al aspecto, y con valores muy diferentes al castellano; incluso el bribri, en aspecto imperfectivo no tiene tiempo. En aspecto perfectivo, hay un perfectivo que es válido desde antes del último anochecer o atardecer hacia atrás, hasta el comienzo del mundo. Y hay otro que es lo ocurrido después de ese último atardecer. Se tomaba como si fuera también pretérito, porque el primero sí es pretérito,

totalmente. Pero no, ese es aplicable totalmente al presente y al futuro; el otro no. Entonces es una división temporal bien curiosa. Antes y después del último atardecer; esa es la división de tiempo. Después la riqueza de ciertas cosas, por ejemplo, como el sistema demostrativo del bribri. El guatuso es como el inglés; es todavía más pobre que el castellano en eso. El bribri tiene un equivalente de 'este', un equivalente de 'ese', y después tiene ocho equivalentes de 'aquel'. Es una riqueza tremenda en ese aspecto. Primero está el que es con ausencia total de los sentidos, que es lo que uno tiene de recuerdo, nada más. Después está lo que es por percepción nada más por el oído, y después hay seis que son por percepción con la vista. Y esos seis tienen que ver con la diferencia entre un primero y un segundo plano, una menor distancia y una mayor distancia, y, además, con la diferencia de sí, con respecto al punto de referencia que uno adopte, el objeto que se está señalando con el 'aquel' está situado en el mismo nivel, hacia abajo o hacia arriba. Eso por ejemplo es de lo más llamativo. Yo no conozco ninguna lengua con un sistema de demostrativos ni siquiera tan complejo como el del bribri, menos todavía más complejo. Y después, por ejemplo, los bribris como que son muy sensibles a las formas. Incluso ya en la forma de narrar, siempre hay como mucho detallismo en las referencias a las formas, algo en que por ejemplo los guatusos no se meten mayormente. Entonces también ahí uno ve cosas interesantes de cómo la existencia de ciertas categorías puede ayudar a robustecer cierto aspecto de la observación en sí.

C: ¿Sería una especie de hipótesis del relativismo pero renovada?

A: Sí, yo sí creo que eso existe, la relación entre lenguaje y cultura. Yo creo que, por lo menos en mi experiencia con los textos bribris, encuentro una sensibilidad mayor hacia las formas, que en el caso de los textos guatusos.

El bribri, en cuanto a las oraciones copulativas, es interesante porque en realidad no tiene tampoco verbo 'ser'; sí tiene verbo 'estar', pero no tiene verbo 'ser'. En las oraciones que en castellano tenemos con el verbo 'ser', el bribri lo que hace es que marca el tópico de la oración con una posposición, que se usa también para alguna otra cosa. Había habido gente que bajo la dirección de don Jack y de Bourland¹⁷, otro norteamericano que estuvo trabajando aquí, había escrito descripciones gramaticales del bribri. Yo siempre he estado en contra de las modas, porque llevan a la gente a seguir ciegamente ciertos asuntos y a cerrar los ojos a otros. Y me hacía gracia que entonces trataban de encontrar las mismas diferencias, plantear hasta que latentemente sí había un verbo 'ser' o algo así por el estilo. Y, en cambio, a la clasificación numeral no hacían referencia en absoluto. Dentro de esa clasificación numeral, también se encuentran relaciones muy interesantes con la cultura. Por ejemplo, los truenos son redondos. Entonces uno se preguntaría que por qué. Y es porque, en la cultura bribri, el dios del trueno lo que usa es una cerbatana, y los proyectiles de las cerbatanas bribris eran redondos. A eso se debe la redondez de los truenos y de los rayos. Eso es una cosa,

además, curiosa. Un amigo bribri dice que él siempre que cae un rayo acude al lugar donde cayó, y se ha encontrado –y me ha enseñado– como seis bolas de piedra, que según él son los proyectiles de la cerbatana del dios del trueno. Después, también con respecto a la cultura, algo muy interesante, y que sí se puede estudiar bien, es lo que mencionaba del habla ritual. En el habla ritual una parte muy interesante es la cantidad de vocabulario tomado en préstamo a otras lenguas, incluso a lenguas que ya no existen, y eso tiene que ver con que la gente importante como los suquias, en la época precolombina –según parece–, por lo menos en Panamá, y debe haber sido así en el caso de bribris y cabécares, tenían la costumbre de viajar de vez en cuando a otros lugares donde hubiera otras gentes, y aprendían cosas ahí, y esos conocimientos que habían adquirido de esos lugares ayudaban a su prestigio. Así se explica uno por qué en bribri, en el habla ritual, entre la cultura bribri y cabécar, hay palabras por ejemplo de bocotá, hay palabras de guaymí, y hay palabras incluso de emberá, de lenguas bien alejadas en Panamá, aunque tal vez hayan llegado emberaes incluso hasta el comienzo del oeste de Panamá. Es interesante e incluso ahí pudieron aprender, por ejemplo, el mito ese del árbol del mar, el hermano de la diosa que, al morir, de su vientre sale el árbol. Y así hay otro montón de palabras que quién sabe de dónde salieron, pero no hemos logrado identificar todavía. Hay incluso algunas de ellas que revelan cómo fue que los bribris llegaron a conocer algo; por ejemplo, en habla ritual yo me di cuenta de que para 'vaca' usaban la palabra boruca para 'vaca', que es la palabra que originalmente significaba 'venado'. Los borucas, después de que ya fueron dominados por los españoles, usaron con el sentido de rumiante esa raíz *turí*, que es la misma raíz de *lhuri* del guatuso, y de *suli*' del bribri. Yo me di cuenta, al estar investigando sobre los cantos del ritual funerario, que para los bribris uno de los pecados más graves que había era la mezquindad con la gente del propio clan. Los cantores de funerales tenían unos cantos especiales para lograr calmar a los seres encargados del castigo de ciertos pecados y favorecer al alma permitiéndole evadir, en algún caso, ese castigo. Hay un canto de los que se cantaba en los funerales, ya claro en la época después de la llegada de los españoles, que era sobre la mezquindad con carne de vaca, y entonces ahí fue donde yo conocí esa palabra. Es interesantísimo, porque ese canto comienza con la palabra boruca para vaca junto con una terminación que existe en emberá, que es de las serpientes. Y es que los seres encargados de castigar ese tipo de pecados, y castigar al alma o a las almas de la persona cuando va siguiendo el camino del sol a tratar de entrar en el lugar donde se originó, son siempre cuatro serpientes. En el caso de la mezquindad con carne de vaca, son cuatro serpientes con cabeza de vaca, y esas serpientes agarran y le dan duro al que haya hecho eso. Ese canto es para ver si se logra como que se duerman y que la persona evada ese castigo. Después, es muy interesante cómo en esas hablas (porque eso no ocurre solamente en estos pueblos, aunque donde mejor lo he visto es en el caso de los bribris y cabécares, que usan la misma habla ritual) lo que es flexión

verbal se simplifica muchísimo, pero se añaden cosas que tienen que ver más bien con el tipo de texto al que pertenecen: el bribri es una lengua sin prefijos, pero el habla ritual sí tiene un montón de prefijos, y precisamente muchos son para caracterizar: si esa palabra la está usando para comenzar una estrofa, para comenzar un verso. Hay un montón de marcadores más bien de la estructura formal del texto, mientras que los marcadores de categorías gramaticales de la vida corriente se reducen.

C: Y de la cultura tradicional bribri, ¿qué diría usted que es lo que más le ha llamado la atención?

A: Bueno, en primer lugar, el tipo de sistema de parentesco y la estructura clánica es llamativo para uno que no es de una cultura así. Incluso en el caso de los guatusos no sé qué será lo que tuvieron los guatusos porque tenían divisiones, pero como aparentemente podían casarse gentes de una misma de esas divisiones, entonces no eran clanes. Quién sabe qué serían. Pero el sistema de parentesco es muy diferente. El guatuso es mucho más parecido al nuestro. Otra cosa (pero eso es bastante común en los pueblos chibchenses) es la concepción de que el mundo siempre ha estado. O sea, el hecho de que la mayor parte de los pueblos chibchenses no fueran creacionistas, sino que el ser supremo lo que hace es transformar, pero que eso existe desde siempre, también es un rasgo interesante.

C: En general usted ha podido presenciar manifestaciones de las culturas tradicionales de malecus, bribris, incluso hasta posiblemente de borucas, que ya no se ven. Mucho se ha perdido o es de muy difícil acceso.

A: Bueno, los bribris mantienen bastante todavía; todavía quedan muchos suquias y probablemente se pueda ver que él canta como de ocho de la noche a dos de la madrugada, ahí con sus pieles y piedras, y todas las cosas.

C: ¿Y eso no lo puede presenciar uno?

A: No, sí. Yo creo que eso probablemente sería cosa de la confianza que uno tenga; no están acostumbrados, porque toda la gente, hasta la enferma, se queda durmiendo y el suquia hace eso a esas horas. Y ya más bien, en algún momento, he visto alguna cosa que no había visto antes, como la práctica del ritual que se hace con las piedras para moler. A mí me impresionó mucho eso, y fue hace como tres años. Primero van a buscar una piedra que tenga la forma adecuada en el lecho del río. Según dicen ellos, consultan con la piedra, o con el espíritu de la piedra si ella está dispuesta a realizar el trabajo de ser piedra para moler. Después hacen un andamio grande, sacan la piedra del río y la ponen sobre eso, y al día siguiente, animados con chicha, van como por lo menos cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y alzan esa cosa, esa piedra que pesará una tonelada por lo menos, y suben cuestras y de todo para llevarla hasta la casa. Bueno, yo lo que digo siempre en relación con eso es que así se explica uno cómo se hicieron las pirámides, porque ver a esa gente con el ánimo, porque eso estaba en el río, cómo subieron por una ladera hasta la calle, que sube hasta un alto y después baja;

son como tres kilómetros por lo menos. Y esa gente cuando llegó, la primera parte de la calle por la que anduvieron era plana, y yo iba caminando ahí, conversando con otra gente, y nos pasaron, y entonces digo yo: “Ah bueno, diay, vamos a ver si no les pasamos nosotros cuando ya vayamos cuesta arriba”. ¡Qué va! ¡Iban pero...!

En el caso ya de los guatusos, sí ha ido completamente distinto, pero es que ellos son muchísimos menos, están en condiciones de muy poco aislamiento, entonces ¿quién (si la mayor parte ya son protestantes o católicos) va a hacer una invocación a los dioses para que lo acompañen a uno en el camino del regreso de uno, o cosas así por el estilo? Y los mismos oficios. Los bribris han perdido algunos oficios bien importantes, pero el de suquia todavía sigue y hay bastantes suquias. En cambio, los videntes de divinizados en la cultura guatusa... ya eso dejó de existir. Habría que ver un funeral. Se supone de todas maneras que uno no debiera, pero a veces sí dejan a gente que esté cerca, pero claro para eso tendría que estar uno así como atento para irse pero soplado para allá, para llegar, pero habría que ver hasta qué punto todavía, aunque entierren en el piso de la casa, se cumplen cosas como ponerle al muerto cola de lapa en la mano derecha, si los pintarán con achiote montañero, y estarán vestidos con falda de mastate o taparrabos y cosas de ese tipo.

C: Sobre el térraba, usted ya recogió los últimos datos posibles sobre la lengua.

A: Bueno, yo solo conocí dos personas que hablaran fluidamente la lengua. Una fue doña María Casiola Ortiz, pero no encontré manera de que ella me dijera algo enteramente en térraba, aunque ella hablaba bien el idioma, y las oraciones que metía en térraba estaban perfectamente construidas. En boruca yo vi practicar eso: al estar volviéndose más la lengua de los jóvenes el castellano, entonces al contar cosas, mucha gente contaba mitad y mitad o algo así, decía una oración en boruca, otra en térraba y otra. Doña María, lo que me dijo a mí, me lo dijo así: metiendo una oración en térraba y dos en castellano o así por el estilo. Y el otro fue el único hombre que yo conocí que hablaba fluidamente, don Ricardo Gómez. Él sí me produjo textos enteramente en térraba. Después otras personas, por ejemplo como don Sotero, don Mamerto, doña Damiana, producían canciones, pues tienen letras tan breves y entonces probablemente sí son más fáciles de recordar. Ya ninguno de ellos era capaz de hacer una narración, de contar algo en térraba, aunque supieran mucho vocabulario. Entonces pareciera que sí yo trabajé con los dos últimos.

C: ¿Y cómo influyó trabajar con una lengua tan obsolescente en comparación con las otras?

A: Bueno, el principal asunto es que ahí está limitado uno a una persona. En ese caso, prácticamente a don Ricardo. Entonces, si uno tuviera alguna duda que no puede resolver con la misma persona, no tiene con quién. Digamos que ahí en realidad lo que está es describiendo el idiolecto de esa persona.

C: ¿Usted se considera de alguna manera ubicado dentro de esa tradición de lingüística antropológica? Porque su trabajo es no solamente sobre las lenguas; incluye aspectos de las culturas tradicionales, del arte verbal, de cosmovisión.

A: Bueno, a mí de todas maneras ese tipo de cosas siempre me llamaron la atención. A mí la lingüística descriptiva siempre me gustó, pero es además la tradición con lo que me vinculo sobre todo porque sigo principios teóricos establecidos. Con lo que yo me identificaría en lo que tiene que ver con la relación lengua-cultura y arte verbal es con Dell Hymes y la etnografía del habla.

C: Me hablaba usted hace un rato de estas modas lingüísticas, que a veces tienen que ver más con nomenclatura nueva. ¿Cómo ha logrado usted no sucumbir ante esas modas?

A: Bueno, a mí la moda, en primer lugar, siempre me ha provocado así como desconfianza y poca simpatía. Probablemente eso me mantuvo a salvo de ese tipo de tendencia. Era poco propenso a la moda o a simpatizar o suspirar por la moda. No sé si eso tendría que ver con el hecho de que yo me acostumbré a considerarme como un poco fuera de lo normal por una razón: como mi papá era español, entonces, sobre todo en la pronunciación de la *ese*, él me influyó. Y el ser humano es en el fondo bien poco tolerante con esas cosas, entonces en la escuela y el colegio enfrenté mucha represión por eso. Seguro yo no sé si me acostumbré a no estar de acuerdo con la mayoría o algo así por el estilo. Incluso por mi forma de pronunciar la *ese* en secundaria me decían *españolito*. El asunto es que nunca me ha importado qué es lo que esté de moda, sino que lo que me ha importado es qué me interesa a mí averiguar, y cuál es la mejor manera en que puedo llegar a averiguarlo. Independientemente de si eso está de moda o no está de moda. Por eso la lingüística diacrónica a mí me gustó, siempre me interesó. Me pareció interesantísimo eso de poder profundizar en el pasado, y hasta restablecer y reconstruir cosas. Aunque la gente no estuviera especialmente interesada en el asunto. Fue lo mismo que la inclinación mía por la filología y la lingüística. Yo estudié eso porque a mí me dio la gana. El comercio, a lo que se dedicaba mi papá, yo lo admiraba mucho a él y todo, pero a mí no me llamaba para nada la atención. Yo iba, eso sí, a ayudarle al almacén, porque consideraba que era un deber mío, como hijo, ayudarle. Pero a mí estar atendiendo clientes y todo eso no me hacía ninguna gracia; prefería que me pusieran a acomodar una estiba de sacos o a acomodar. Seguro, en ese sentido, tal vez como que me acostumbré a estar, qué sé yo, como en una posición un poco de raro, y por eso, porque uno de los factores de la moda es precisamente estar de acuerdo con lo que entusiasma a los otros en el momento.

C: ¿Qué le recomendaría usted a alguien que empiece a hacer trabajo? Digamos, ¿qué le diría usted a un joven lingüista?

A: Bueno, yo lo que digo que ante todo uno tiene que tener una profunda motivación personal. Uno tiene que estar bien seguro, bien convencido de que eso

es lo que uno quiere hacer, y que eso es a lo que uno quiere dedicarse. Cuando uno hace algo con aprecio, uno se esmera en hacerlo bien y entonces tiene la posibilidad de que aquello seguramente le salga bien. Si uno lo está haciendo por otros motivos, probablemente la cosa no salga. Por supuesto yo me alegro si lo que hago es de utilidad para mi patria, para los indígenas, pero ante todo yo hago esas cosas porque es lo que yo quiero hacer, porque es lo que me ayuda a mí a realizarme. Después, como es lógico, es estar bien preparado para aprovechar todas las oportunidades para poder precisamente hacer ese trabajo bien. Yo veo que hay un porcentaje muy alto de gente que no tiene eso de trabajar en algo que le dé una gran satisfacción; los que trabajan nada más porque necesitan ganarse la plata o lo que sea pero no porque les guste pasan sufriendo toda la semana hasta que llega el domingo y ya no tienen que hacer eso. Yo, por ejemplo, desde la primera vez que fui a Guatuso, había estado desde quién sabe cuántos años antes, desde pequeño, suspirando por conocer a esa gente, por aprender a hablar el idioma de ellos, por conocer costumbres de ellos. Entonces ahí andaba, feliz de la vida, porque estaba precisamente haciendo lo que siempre había deseado hacer.

Notas

- ¹Se refiere a los Documentos para el estudio de la historia de Costa Rica de León Fernández.
- ²Enrique Margery: lingüista que se dedicó al estudio de las lenguas cabécar y buglere (bocotá).
- ³Eustaquio Castro: Colaborador principal de Adolfo Constenla en sus trabajos sobre la lengua guatusa y la tradición oral de este pueblo.
- ⁴Se refiere a Arturo Agüero.
- ⁵Se refiere a monseñor Bernardo Augusto Thiel, quien a finales del siglo XIX recopiló y publicó listas de vocabulario de varias lenguas indígenas de Costa Rica.
- ⁶Autor alemán que publicó un estudio sobre varias lenguas habladas en Costa Rica y muchos otros países.
- ⁷Se refiere a Henri Pittier, naturalista suizo que, durante el tiempo que vivió y trabajó en Costa Rica, recogió listados de vocabulario y redactó esbozos sobre la gramática de varias de las lenguas indígenas del país.
- ⁸Se refiere a su libro Poréteca maráma. Cantos guatusos de entretenimiento.
- ⁹'novio, pareja'
- ¹⁰Uno de los últimos hablantes fluidos y gran conocedor de la lengua boruca y de la tradición oral de este pueblo.
- ¹¹Se refiere a Ricardo Pozas Arciniéga.
- ¹²Se refiere a Enrique Margery.
- ¹³Se refiere a Feliciano Elizondo, colaborador bribri de don Adolfo en los trabajos sobre esta lengua.
- ¹⁴Se refiere a Feliciano Elizondo, su colaborador bribri.
- ¹⁵Se refiere al sistema de clanes y de posibles matrimonios dependiendo de estos en la cultura tradicional bribri.
- ¹⁶Se refiere a un periódico en bribri que publicó la Universidad de Costa Rica en 1978.

¹⁷Se refiere a David Bourland, lingüista de origen estadounidense que trabajó en la Universidad de Costa Rica.

Bibliografía

- Constenla Umaña, Adolfo y Eustaquio Castro Castro. 2014. Poréteca maráma. Cantos guatusos de entretenimiento. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Constenla Umaña, Adolfo, Eustaquio Castro y Antonio Blanco. 1993. Lacá majifijica. La transformación de la tierra. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Constenla Umaña, Adolfo y Espíritu Santo Maroto. 1979. Leyendas y tradiciones borucas. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Fernández, León. 1883. Colección de documentos para el estudio de la Historia de Costa Rica. Vol. 3. San José: Imprenta Nacional.
- Gabb, William. 1883. “Tribus y lenguas indígenas de Costa Rica”. En: Fernández, León: 303486.

